

# ANA OZORES EN VETUSTA. EL RECORRIDO DE UNA DEGRADACIÓN

Urrutia, María Eugenia\*

Universidad de los Andes  
Venezuela

## Resumen

El narrador omnisciente relata la historia de Ana, huérfana de madre. El padre, de ideas liberales y comprometido en la política, la deja al cuidado de una fría y codiciosa aya. Ana crece sin amor y reprendida en forma injusta. Al fallecer su padre queda sin dinero y se va a vivir con sus tías al palacio de los Ozores, siendo rechazada por ser hija de una italiana humilde. Logra insertarse en la sociedad vetustense y se casa con Víctor Quintanar, hombre mayor y regente de audiencias. Sufre de hastío y de soledad en su matrimonio por lo que busca refugio en la religión. Don Fermín de Pas, sacerdote ambicioso se enamora de Ana. A su vez es asediada por don Alvaro Mesía, presidente del Casino de Vetusta y jefe del partido liberal. Buen mozo y experimentado seductor, termina por conquistar a Ana. Es retado a duelo por su esposo a quien don Alvaro da muerte, abandonando cobardemente la ciudad. La vergüenza y el deshonor caen sobre la Regenta, abandonada por sus amistades de la clase alta. Busca nuevamente consuelo en la religión y es cruelmente rechazada por celos del Magistral, cayendo desmayada en la catedral. La crítica de su tiempo trató la novela con hostilidad, debido a que en ella el autor desnuda a la sociedad provinciana. Critica las costumbres de las distintas clases sociales, presentando un cuadro prolijo de la nobleza, de los clérigos y gentes de iglesia, como también de la clase trabajadora y humilde.

**Palabras Clave:** La Regenta, Ana Ozores, adulterio, Vetusta, Clarín.

## Abstract

The omniscient narrator tells the story of Ana, motherless. The father, who has liberal and political ideas, leaves Ana to the care of a cold, greedy instructress. Ana grows up without love and reprimanded unfairly. As she does not have money after's death, she goes to live with her aunts in the palace of the Azores. There she is rejected because she is a daughter of a poor Italian woman. But Ana achieves to belong to vetustense society. She gets married to Víctor Quintanar, an old man who works as a ruler of hearing. Suffering from boredom and loneliness in her marriage she seeks refuge in religion. Don Fermin de Pas, an ambitious priest, falls in love with Ana who is also besieged by Don Alvaro Mesia. Don Alvaro is the Vetusta Casino's president and the chief of the Liberal Party. He conquers Ana because he is experienced handsome and charming man. After a duel with Ana's husband, Don Alvaro abandons cravenly the city. The shame and dishonor falls on the Regenta who is abandoned by her friends from the high society. Ana finds comfort in religion again. She is rejected cruelly by the jealousy of the Master. This novel is tried with hostility because in it the author naked provincial society. The author describes customs of different social classes. He gives a neat picture of the nobility, clergy and church people, as well as the working class and poor.

**Keywords:** The Regenta, Ana Ozores, adultery, Vetusta, Clarín.

\* Doctora. Profesora e investigadora de la Universidad de Los Andes-Trujillo.  
E-mail: meutve@yahoo.es

Finalizado: Trujillo, Febrero-2010 / Revisado: Junio-2010 / Aceptado: Julio-2010

## 1. Clarín y La Regenta

La obra *La Regenta* de Leopoldo Alas, escrita en 1885, es considerada actualmente como la mejor novela española del siglo XIX. Sin embargo, la crítica de su tiempo la trató con hostilidad, debido a que en ella el autor desnuda a la sociedad provinciana y fustiga a las fuerzas conservadoras de la literaria ciudad de Vetusta. Esta ciudad representa en realidad a Oviedo, lugar donde el escritor residió gran parte de su vida: A través de la ironía y el sarcasmo, critica las costumbres de las distintas clases sociales, presentando un cuadro prolijo de la nobleza, de los clérigos y gentes de iglesia, como también de la clase trabajadora y humilde.

Los medios intelectuales de la época no sólo la describieron como una obra sin valor literario, con errores de estilo y presuntos atentados a la moral, sino como “mortalmente aburrida”. La novela fue silenciada, e incluso entre 1908 y 1963 no fue reeditada en España, llegándose al extremo de que su autor ni siquiera aparece en los manuales de historia literaria de ese período en la sección correspondiente a la novela. La excepción importante a estos juicios la formula Benito Pérez Galdós en el prólogo a la segunda edición., escrito un poco antes de la muerte de Leopoldo Alas. Citaremos algunas de las opiniones vertidas en ese momento sobre *La Regenta*:

Es menester proclamarlo muy alto. Clarín es uno de los escritores más incorrectos y menos castizos de España [...] su estilo adolece casi siempre de graves defectos de sintaxis o de construcción. [...] Lo que hay es un novelón de padre y muy señor mío, que merece titularse los chismes de Vetusta. Disforme relato de dos mortales tomos [...] delata en su forma una, premiosidad, violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril. (Goytisolo, 1991, p. 17)

De este modo no se reconoció el valor de esta obra maestra de Clarín, correspondiendo a la crítica contemporánea el reconocimiento de los méritos sobrados de su autor. Dice

Goytisolo (1991) en su artículo “Sobre La Regenta”:

La novela mayor de Clarín no muestra sólo la madurez y soltura de su autor en el manejo de las técnicas narrativas empleadas en el siglo XIX por los maestros del género; abre igualmente camino... a procedimientos más recientes de una sorprendente modernidad. (p. 18)

Por su parte, Juan Ignacio Ferreras en *La Novela del Siglo XIX* apunta:

*La Regenta*, muy mal entendida por la crítica de la época, cuando no despiadadamente atacada por los historiadores de la literatura, como el padre Blanco García, es la obra cumbre del autor y la novela mejor construida de la generación del 68. (1988. p. 49.)

A su vez, Baquero Goyanes señala:

*La Regenta* es, indudablemente, la novela de técnica más compleja de cuantas se escribieron en España en el pasado siglo. La manera narrativa lineal de *Speraindeo* se ha transformado en la morosidad de **La Regenta**, obra maestra en cuanto al dominio del tempo lento, en forma tal que ha permitido hablar de su posible pre-proustianismo. (1969, p.123)

Se ha señalado abundantemente la cercanía de esta novela con *Madame Bovary* de Flaubert, y con *Ana Karenina* de Tolstoi en relación al tema del adulterio. Por otra parte, se ha establecido la relación del Magistral Fermín de Pas con Julián Sorel, ya que en ambos personajes alienta el espíritu ambicioso y el uso de la jerarquía eclesiástica para ascender en el poder social. Sin embargo, Goytisolo considera que desde la perspectiva actual, “toda obra aparece en un universo de obras cuya existencia prolonga o modifica”. (1991, p. 18.)

Goytisolo afirma que no es relevante el problema de las fuentes, sino la manera en que éstas se articulan dentro de la totalidad de la novela.

Queda establecida, entonces, la originalidad de *La Regenta* y la maestría de

Clarín en la profundización de los conflictos de los personajes centrales, Ana Ozores y don Fermín de Pas; en el uso de diversos ritmos temporales acomodados a los sucesos y momentos del desarrollo narrativo; en la aguda observación de pormenores en la distribución del espacio novelesco, y en la vivaz mostración de las costumbres y hábitos de los distintos estratos sociales.

## 2. La Organización de la Historia

La novela consta de dos partes, distribuidas cada una en quince capítulos extensos, siendo de mayor longitud los de la Parte segunda. La Primera parte de la novela describe, con tempo lento, tres días de la vida de Vetusta y de Ana Ozores. La segunda parte abarca tres años de acontecimientos que van cercando a Ana Ozores dentro de la sociedad degradada de Vetusta.

El narrador omnisciente relata la historia de Ana, huérfana de madre, y cuyo padre don Carlos Ozores, es hijo de un noble segundón. Don Carlos es hombre de ideas liberales y está comprometido en la acción política. Absorbido por estos intereses deja a su hija al cuidado de una aya, doña Camila, mujer fría y codiciosa a quien, por sus hábitos, consideran como “inglesa-española”. Ana crece sin amor y reprimida constantemente en forma injusta. Pesa también sobre ella el rechazo de sus tías solteronas, Anunciación y Agueda, quienes tienen una estimación exagerada por su abolengo y su parentesco con la nobleza. Existe en ambas un rechazo por esta sobrina, hija de una joven italiana humilde, que nunca fue aceptada por “la clase”.

Al fallecer su padre, Ana queda sin dinero y se va a vivir con sus tías al palacio de los Ozores. Allí logra hacerse un sitio en la sociedad vetustense, gracias a su discreción y belleza. A la hora de casar, un amigo de la familia le presenta a don Víctor Quintanar, hombre mayor, quien ha sido regente en varias audiencias. Don Víctor luce apuesto y de dignos modales ante Ana. Entre dudas, la joven consiente en el matrimonio, puesto

que su futuro esposo es un hombre de bien, aunque sus únicas preocupaciones son la naturaleza, los pájaros y su amigo Frígilis. En corto tiempo Ana sufre de hastío y de soledad en su matrimonio. Por ello busca refugio en la religión y en su confesor el Magistral don Fermín de Pas, sacerdote ambicioso que ostenta el poder religioso en Vetusta. El Magistral se enamora de Ana y trata de ejercer dominio sobre ella a través de su autoridad espiritual.

Por otra parte, la Regenta es asediada por don Alvaro Mesía, presidente del Casino de Vetusta y jefe del partido liberal. Mesía es un hombre elegante, buen mozo y experimentado seductor, quien termina por rendir la resistencia de Ana Ozores. Su esposo, que siempre ha poseído un “sentido calderoniano del honor”, lo reta a duelo y es muerto por don Alvaro en este lance. La vergüenza y el deshonor caen sobre la Regenta. Sus amistades de la alta clase la abandonan, aunque han sido activas participantes en la caída de Ana, cuya honestidad y belleza envidian secretamente. Don Alvaro abandona cobardemente la ciudad. Ana, al buscar nuevamente consuelo en la religión es cruelmente rechazada por el Magistral, quien ha sufrido un proceso de celos y de degradación al verse vencido por su rival. Ana cae desmayada en la catedral, mientras Celedonio, acólito ambiguo y viscoso la besa morbosamente.

Esta escena que cierra la novela simboliza la profunda caída, la indefensión y soledad finales de la protagonista.

## 3. Vacío y Tedio, Elementos Desencadenantes de la Conducta de Ana Ozores

Una de las formas de explicar la conducta de Ana Ozores al ceder ante los requerimientos de don Alvaro Mesía es el ambiente opresivo de Vetusta y el aburrimiento que pesa en el ánimo de la protagonista. La presencia del hastío se detecta y reitera a través de todo el texto.

Desde el comienzo de la narración se insinúa el tedio como conformador del

espacio de la ciudad, la que a su vez, en el propio nombre, Vetusta, simboliza un espacio de encierro, oprimente y conservador, cuyas costumbres tribales anulan la vitalidad sana o la innovación original, puesto que todo se acomoda a la rutina y a los ritos sociales de la sociedad vetustense.

Dice el narrador:

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo... (Alas, 1967, p.7).

Este comienzo sitúa al lector en un ámbito de dejadez y de sopor en el que todo se muestra aletargado, y en el que el tiempo parece acomodarse a un ritmo perezoso y soñoliento. Efectivamente, a medida que el narrador va presentando a los distintos personajes de la novela y detallando la ciudad, hace la descripción de la mansión de los marqueses de Vegallana. Al referirse al gabinete de la marquesa dice:

En el gabinete contiguo, donde pasaba el día la marquesa, la anarquía de los muebles era completa, pero todos eran cómodos; casi todos servían para acostarse: sillas largas, mecedoras, marquesitas, confidentes, taburetes, todo era una conjuración de la pereza. (Alas, 1967, p. 142).

Esta observación del narrador confirma que la ociosidad y la pereza ejercen una función relevante en la configuración del mundo y de las costumbres de la provincia.

Una impresión de antigüedad y de vejez decadente se desprende de la descripción del palacio de los Ozores, mansión que don Víctor ha comprado a las tías de Ana:

En la plaza Nueva en una rinconada sumida ya en la sombra, está el palacio de los Ozores, de fachada ostentosa recargada, sin elegancia, de sillares ennegrecidos, como los del Casino, por la humedad que trepa hasta el tejado por las paredes. (Alas, 1967, p. 164).

La estructura y aspecto de la mansión sintetiza la frialdad y rigidez del lugar en el que habita, con su frígido esposo, Ana Ozores. Al mismo tiempo establece un paralelismo con el Casino, centro social de la alta clase de Vetusta. Incluso la sirvienta Petra sufre de esta falta de actividad y de aburrimiento en la casa de los amos: “Era buena para todo, y se aburría en casa de Quintanar, donde no había aventuras ni propias ni ajenas”. (Alas, 1967, p. 164).

Es decir, el quietismo de la existencia se constituye en fastidio para los habitantes de la mansión Ozores. Ante esta situación, la Regenta acude a la religión para buscar paz espiritual. Después de confesar por primera vez con el Magistral don Fermín de Pas se llena de inquietud y de vagos anhelos místicos en los que vislumbra un enriquecimiento de su vida interior y de su religiosidad. Al volver de la iglesia pide a Petra que la acompañe en un paseo por el campo, con la intención de meditar al contacto con la naturaleza. Allí observa a un ave que levanta el vuelo; la joven reflexiona sobre su propia situación y ve la vaciedad de su existencia...

Ese pajarillo ha tenido una idea de repente; se ha cansado de esta sombra y se ha ido a buscar luz, calor, espacio. ¡Feliz él! Cansarse ¡es tan natural! Ella misma, la Regenta, estaba bien cansada de aquella sombra en la que había vivido siempre. (Alas, 1967, p. 166).

Al recordar a su antiguo confesor Ripamilán, reflexiona: “Era un buen señor Ripamilán, pero ¡qué manera de, confesar! ¡Una rutina que nunca le había enseñado nada!”. (Op. cit. p. 167). Este comentario apunta a que la repetición y falta de fervor se extienden en Vetusta hasta el propio confesionario. Por contraste con Ripamilán, Ana se siente deslumbrada por la inteligencia del Magistral, quien le abre un mundo nuevo lleno de fe y de elevación espiritual. “Que feliz sería aquel Magistral, anegado de luz, de alegría virtuosa, llena el alma de pájaros que le cantaban como coro de ángeles dentro del corazón” (Alas, 1967, p. 169).

Al estar ensimismada en estas reflexiones la joven cae en la cuenta de que Petra, su sirvienta se ha alejado. En ese mismo instante observa a un sapo que está frente a ella. Esta imagen le produce repulsión:

Un sapo en cuclillas miraba a la Regenta encaramado en una raíz gruesa...se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones... el sapo la miraba con una impertinencia que le daba asco y un pavor tonto.(Alas, 1967, p. 170).

La visión de este animal repulsivo es la anticipación de un suceso futuro en el que la joven también se verá aterrorizada y abandonada.

Conmovida aún por esta visión, repugnante inicia junto a Petra el regreso a la ciudad a través del boulevard, calle que a la salida de los obreros se convierte en paseo bullicioso de mozos y muchachas que disfrutaban y ríen. Al observar la vida que palpita en la calle, Ana siente compasión de sí misma:

Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, a una prohibición absoluta del placer y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. Yo soy más pobre que todas éstas. Mi criada tiene a su molinero que le dice al oído palabras que le encienden el rostro, aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mi desconocidas... (Alas, 1967, p. 173).

En estas reflexiones se evidencia el estado de vaciedad y la inquietud de Ana por la falta de amor. Ella, como mujer joven anhela tener sueños e ilusiones, desea ser amada y que alguien la haga sentir la alegría de la pasión y de la vida.

De pronto, en el boulevard tropiezan con Don Alvaro. El tenorio vetustense juega a hacerse el indiferente con Ana, intuyendo que esta actitud aguijonea el interés de la Regenta.

La idea de que Mesía nada esperaba de ella, ni nada solicitaba, le parecía un

agujero negro abierto en su corazón que se iba llenando de vacío... ¿Qué haría si no luchaba? Y más, todavía, pensaba sin poder remediarlo, ella no debía, no podía querer, pero ser querida ¿por qué no? (Alas, 1967, p. 80).

De este modo, paulatinamente, la Regenta va aceptando la posibilidad de ser amada por Mesía, aunque aún no se atreve a pensar en que ella pueda convertirse en su amante. Una vez en casa, Ana siente una profunda tristeza al palpar nuevamente su soledad. Entra en el gabinete de don Víctor, pero es cogida por una trampa inventada por su esposo para cazar animales. Ana tiene un arrebatado de cólera contra Quintanar:

¡Su don Víctor! ¡Aquél idiota! Sí, idiota;... ¿Qué marido era aquél que cazaba con trampa a su esposa?... Su marido era botánico, ornitólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de comedias, cómico, jurisconsulto; todo menos un marido. Quería más a Frígilis que a su mujer... y hacía tres años que ella vivía entre aquél par de sonámbulos, sin más relaciones íntimas..(Alas, 1967, pp. 184-185).

Junto a estas muestras evidentes de desamor, el narrador subraya nuevamente el aburrimiento de la protagonista: “Pero no importaba; ella se moría de hastío. Tenía veintisiete años, la juventud huía... y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos... pero ¿Qué amor? ¿Dónde estaba ese amor?. Ella no lo conocía”.(Alas, 1967, p. 189).

Es así como su deseo de ser amada y vivir la pasión se va intensificando cada vez más. Esta sensación se ve reforzada por el hecho de que ahora ha llegado a despreciar la futilidad de su marido. Esa tarde, estando Ana sola en el parque, se acerca don Alvaro a la casa de los Ozores, movido por lo que él llamaba “la corazonada”. En ese instante, tiene la intuición de que Ana lo ama y será suya. Por su parte, Ana se llena de inquietud y de temor al ver la tentación tan cerca de su casa.

Tenía miedo; veía su virtud y su casa bloqueada, y acababa de ver al enemigo asomar por una brecha. Si la proximidad del crimen había despertado el instinto de la inveterada honradez, la proximidad del amor había dejado un perfume en el alma de la Regenta que empezaba a infectarse. (Alas, 1967, p. 192-193).

El amor ya ha penetrado en el corazón de Ana. Su honradez la conduce a luchar contra la pasión, pero su voluntad ya está debilitada.

En este estado de ánimo siente que los nervios la traicionan, y como en muchas otras ocasiones, esa crisis se resuelve en llanto. Don Víctor, aconsejado por el médico don Robustiano, trata de que Ana salga, se distraiga y deje de ser tan formal. También se ha dado cuenta del hastío interior de su esposa, pero no por ello cambia su conducta. Dice don Víctor:

Parece que todo te aburre, tú vives allá en tus sueños... basta hija mía, basta de soñar. ¿Te acuerdas de lo que pasó en Granada?... ¿Y en Valladolid? Recobriste la salud gracias a la fuerza de los alimentos, pero la melancolía mal disimulada seguía, los nervios erre con erre... Frígilis me lo repite sin cesar Anita no es feliz. (Alas, 1967, p. 194).

Ana accede por un tiempo a realizar excursiones al Vivero, quinta de los marqueses de Vegallana, donde van todos los contertulios habituales. Este contacto le pone la tentación demasiado cerca. En la tarde de Todos los Santos Ana se encuentra en su casa recordando episodios de su niñez. Allí discurre un juicio determinante sobre Vetusta:

De lo que estaba convencida era de que en Vetusta se ahogaba; tal vez el mundo entero no fuese tan insoportable como decían los filósofos y los poetas tristes, pero lo que es Vetusta, con razón se podía asegurar que era el peor de los poblachones posibles. (Alas, 1967, pp. 331-332).

Poco después de estas cavilaciones Ana ve aparecer desde el balcón la arrogante figura de don Alvaro en un soberbio caballo

blanco. La joven se siente llena de alegría, y es en esa ocasión que ya su ánimo está ganado por Mesía:

Era cosa nueva, era un relajamiento, algo que al dilacerar la voluntad, al vencerla, causaba en la entraña placer, como un sople fresco que recorriese las venas y la médula de los huesos. Si este hombre no viniese a caballo y pudiera subir, y se arrojara a mis pies en este instante me vencía. (Alas, 1967, p. 333).

Ana siente que se le llena el corazón de emoción y de alegría y desde ese momento ya está ganada para avanzar en su entrega a Mesía, de tal modo que ya se ha decidido internamente:

Amaré, lo amaré todo, lloraré de amor, soñare como quiera y con quien quiera; no pecaré mi cuerpo, pero el alma la tendré anegada en el placer de sentir esas cosas prohibidas por quien no es capaz de comprenderlas. (Alas, 1967, p. 339).

Esa misma tarde la Regenta y don Víctor van a la representación de Don Juan de Zorrilla. La joven está profundamente conmovida por el amor de doña Inés y en la muerte del Comendador a manos de Don Juan, tiene un terrible presentimiento. En cuanto a don Alvaro, cada vez está más convencido de que Ana lo ama y que finalmente logrará vencerla. Por su parte, ante las tentaciones cada vez mayores, Ana se confiesa con el Magistral, pero sin confidenciarle su amor por don Alvaro. Don Fermín presiente cada vez con mayor claridad y desesperación el triunfo de su rival. Don Alvaro sigue el camino más seguro, pues se acerca a don Víctor haciéndose su confidente. Esta amistad le permite acercarse, casi a diario a la casa de los Ozores, donde, entre Miradas y encuentros fugaces, va in crescendo la pasión entre Mesía y la Regenta. La ocasión que don Alvaro esperaba se presenta en el baile del Casino situación en la cual, al bailar con don Alvaro, Anita siente tal emoción que cae desmayada en sus brazos. La noticia corre velozmente por Vetusta y quien la sufre, con el tormento de los celos, es don Fermín de Pas. Cuando Ana

va a confesarse con el Magistral se da cuenta de que don Fermín está enamorado de ella. Con esta convicción cae hecha pedazos su ilusión de la ayuda espiritual que le prestaba su confesor: “Aquel señor canónigo, estaba enamorado de ella. El Magistral no era el hermano mayor del alma, era un hombre que bajo la sotana ocultaba pasiones, amor, celos, ira...” (Alas, 1967, p. 527).

Ana ve en ese momento su fe quebrantada, y sus ideales religiosos se derrumban. En los días siguientes trata de refugiarse en su casa y en la devoción hacia su esposo. Sin embargo, siente remordimiento de haberse alejado del Magistral, y para la procesión de la Virgen de los Dolores decide vestirse de Nazareno, con los pies descalzos, para demostrar su humildad al Magistral. Esta determinación es tomada como un escándalo por la sociedad de Vetusta, y hasta la Regenta se siente arrepentida al percibir que se está mostrando en espectáculo. El único que se encuentra, gozoso es don Fermín, quien, al cruzar su mirada con don Alvaro, se da cuenta de que su rival no está derrotado. Mesía aprovecha una confianza de don Víctor respecto de sus devaneos con Petra, la maliciosa sirvienta de Ana, para hacer creer a la joven, que su esposo la ha engañado. Esta calumnia llena de repulsión a Anita, y termina de agotar sus últimas reticencias morales frente al adulterio.

Ana se entrega apasionadamente y don Alvaro disfruta de la vanidad de sentirse dueño de la mujer “más hermosa de Vetusta”: Sin embargo, siente a la vez incomodidades que desmienten su tan bullada fama de don Juan y conquistador: “Si, sentía que dentro de su cuerpo algo hacía crac de vez en cuando. Había polilla por allá adentro... Morir, bueno; pero decaer, y decaer en presencia de Ana, era horroroso; era ridículo y era infame” (Alas, 1967, p. 615).

Don Alvaro, goza del triunfo sobre Ana, pero es incapaz, por su egoísmo, de enamorarse verdaderamente. El narrador dice: “Por su parte se confesaba todo lo enamorado

que él podía estarlo de quien no fuese don Alvaro Mesía”. (Alas, 1967, p. 616).

Sabedor de que tiene el dominio sobre su amante, convence a la Regenta de trasladar “el nido de amores” a la casa de los Ozores. Al comienzo la joven se opone a esta idea, pero termina por ceder ante las insistencias de su amante. Es así como la Regenta se va degradando paulatinamente, transformando aquella admirada honestidad en un adulterio cometido en su propia casa. “No había más remedio que tomar por asilo el caserón de los Ozores. Era lo más seguro, lo más tranquilo, lo más cómodo”. (Alas, 1967, p. 616).

Don Alvaro, pensando en ganarse a la sirvienta, seduce a Petra, quien, siempre envidiosa de Ana, ya está al servicio del Magistral. Don Fermín y Petra traman perder a la Regenta, el uno por celos, la otra por aborrecimiento a su ama. Petra adelanta el reloj de don Víctor, quien suele salir de madrugada a cazar con Frígilis. De este modo, Quintanar es testigo del adulterio de su esposa al ver a don Alvaro descendiendo del balcón de los aposentos de Ana. Don Víctor está con la escopeta en la mano y en el primer momento su intención es disparar, pero luego se retiene. El es, en realidad, un hombre pacífico, y a pesar del dolor y la ira decide irse con su amigo de caza. “Huyo de mí deshonor, en vez de lavar la afrenta huyo de ella... ¡Soy un tal, soy un tal!” (Alas, 1967, p. 635).

Sólo al final de la jornada cuenta a Frígilis su desdicha. Este le hace reflexionar tratando de evitar un hecho de sangre:

Ella no esta enamorada de Mesía... en cuanto vea que es un cobarde y que la abandona antes de pelear por ella..., le despreciará., le maldecirá... y en cambio los remordimientos la volverán hacia ti, a quien siempre quiso (Alas, 1967, p. 643).

Don Víctor está sumergido en un tumulto interno cuando llega a su casa. Allí se encuentra con don Fermín de Pas, quien ya ha sido avisado por Petra. De Pas está demudado esperando a Quintanar:

Había entrado en aquella casa porque no había podido menos: sabía que necesitaba estar allí, hacer algo, ver, procurar su venganza, pero ignoraba cómo”. “El era el marido -pensaba-, y no aquel idiota que aún no había matado a nadie... (Alas, 1967, p. 645-646).

Con un sibilino discurso, de Pas convence a Quintanar que debe vengar el deshonor de su casa, pues toda la ciudad ya conoce de los amores de la Regenta con don Alvaro. El duelo se realiza con pistolas. Todos piensan que triunfará don Víctor ya que es un excelente tirador. Sin embargo, Quintanar está decidido a no matar, pues la filosofía y la religión se han impuesto en su ánimo. Se realiza el duelo e inesperadamente, triunfa don Alvaro quien, temeroso de aquel encuentro, por instinto de conservación, apunta en serio a don Víctor y le da muerte.

La Regenta queda anonadada con aquel desenlace trágico y durante meses se encierra afiebrada en el caserón de los Ozores. Toda las amigas de la sociedad de Vetusta la abandonan: Vetusta, la noble, estaba escandalizada, horrorizada. Unos a otros, con cara de hipócrita compunción, se ocultaban los buenos vetustenses el íntimo placer que les causaba “aquél gran escándalo que era como una novela, algo que interrumpía la monotonía eterna de la ciudad triste... - ¡Es necesario aislarla!... Nada, nada de trato con la hija de la bailarina italiana”. (Alas, 1967, p. 638).

Después de meses de soledad y desvarío Ana busca de nuevo consuelo en la religión: “Sin tener fe ni dejar de tenerla, acostumbrada ya a no pensar en aquellas grandes cosas que la volvían loca, Anita Ozores volvió a las prácticas religiosas jurándose a sí misma no dejarse vencer ya jamás por aquel misticismo falso que era su vergüenza” (Alas, 1967, p. 673).

Es así como una tarde “en que soplaban el viento sur, perezoso y caliente” Ana sale hacia la catedral, toda de negro y con el rostro cubierto por un tupido velo. Una vez en el recinto sagrado ora con fervor, creyendo

poder recuperar la fe. El Magistral la ve entrar y aunque se encuentra en el confesionario “oía los rugidos de su pasión que vociferaba dentro” (Alas, 1967, p. 675).

Ana se acerca al confesionario, Don Fermín, en un paroxismo de ira, se dirige hacia la Regenta en una actitud amenazante:

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarima... Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba a asesinarla (Alas, 1967, p. 636).

Ante la expresión de Ana, don Fermín de Pas, con el cuerpo tembloroso retrocede y, caminando como un sonámbulo, se aleja de la desdichada joven. Ana cae de bruces y sin sentido sobre el pavimento de la capilla. En ese momento, Celedonio, el acólito afeminado “por gozar de un placer extraño” besa en los labios el cuerpo inerte de la Regenta. Al despertarse Ana siente náuseas: “Habla creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo” (Alas, 1967, p. 676).

De este modo, la imagen final de la novela muestra la degradación de Ana, abandonada por don Alvaro, vilipendiada por la hipócrita sociedad de Vetusta, y cruelmente rechazada por el Magistral, en quien triunfan las bajas pasiones por encima del juramento de su ministerio sacerdotal.

#### **4. Ana Ozores víctima de una Sociedad Degradada.**

A través del recorrido del texto de *La Regenta* pudimos comprobar que el tedio es uno de los motivos reiterados en el espacio de la ciudad de Vetusta. El sopor, la rutina de las costumbres, las limitaciones impuestas por la clase poderosa a los miembros de la sociedad vetustense, conforman un espacio cerrado, de gentes sin ideales, sumidas en el materialismo y en el ocio, de tal modo que ni la cultura ni la imaginación tienen cabida en sus formas de vida. Las tendencias a la literatura que



demuestra en un tiempo Ana Ozores, merecen el más despectivo rechazo, puesto que una mujer con estas inclinaciones es algo fuera de lugar, una especie de deformación viciosa para el criterio de los elegantes de Vetusta.

Por otra parte, la religiosidad es solamente externa y superficial entre las damas “de la clase”. Las señoras son miembros de diferentes cofradías, pero no existe en ellas ninguna verdadera profundidad religiosa ni sincero fervor místico. Todo se reduce a ritos reiterados y vacíos, de tal modo que las búsquedas espirituales de Ana se ven como síntomas de la rareza de su carácter, con tendencias a la evasión a través de la fantasía, y no exentas de elementos de histerismo. Estas oscilaciones de Ana entre una rica vida interior y las frívolas diversiones de sus amigas, son una consecuencia de la falta de sentido de su existencia en la que hay tres terribles vacíos: el de la madre, el de un esposo que asuma sus deberes maritales y afectivos, y la ausencia de hijos, que don Víctor nunca estuvo dispuesto a procrear.

La falta de un amor desinteresado y profundo conduce a la Regenta a buscar apoyo en el Magistral, quien la defrauda al comprender la joven que su interés por ella no obedece a elevados sentimientos espirituales, sino a los muy humanos y mundanos de la pasión y el deseo. Su caída en brazos de don Alvaro Mesía, es, también, una profunda equivocación, ya que el don Juan vetustense no ama a la joven, sino la codicia como una presea más en la lista de sus numerosas conquistas banales. Don Alvaro muestra definitivamente su carencia de valor moral, al alejarse de Vetusta después de la muerte de don Víctor. Ana, que comienza su vida como una huérfana desdichada, termina también en la más profunda soledad, puesto que en su existencia no logra conocer el verdadero amor.

La superficialidad y precariedad del entorno terminan por aniquilar su honestidad, mancillada y derrotada en una sociedad carente de ideales y de valores, en donde ella

es una isla, una solitaria que sucumbe vencida por la disparidad de la lucha entre sus débiles energías de mujer y la demoleadora presión cotidiana de una sociedad banal, materialista, hipócrita y degradada.

#### Referencias bibliográficas:

- Alas, L (1967). *La Regenta*. Alianza Editorial, Madrid.
- Baquero Goyanes, M.(1969). *Historia General de las Literaturas Hispánicas*. “La Novela Española de la Segunda Mitad del siglo XIX” Vergara, Barcelona.
- Ferreras, J. (1988) *La Novela del Siglo XIX*. (Desde 1968). Taurus, Madrid.
- Goytysolo Agustín. (1991). *Sobre La Regenta*. Quimera. Nº 10, Mayo-Junio, p. 16-21.
- Shaw, D. (1981). *Historia de la Literatura Españolas*. Tomo V. El Siglo XIX. Ariel, Barcelona.
- Valbuena Prat, A. (1974). *Historia de la Literatura Española*. Tomo III. Gustavo Gili S.A., Barcelona
- Zavala, I (1971). *Ideología y Política en la Novela Española del Siglo XIX*. Anaya, Madrid.